

¿Y si ser español estuviese comenzando a dar asco?



Fotografía de Víctor Aranda

Albert Plà ha sido criticado y censurado por declarar que le da asco ser español. Pensemos un momento en el asco. Pensemos por ejemplo en el asco que sentimos, que deberíamos sentir con las cosas que están sucediendo a nuestro alrededor, y que, como poco, nos deberían hacer taparnos la nariz. Pues bien, si reconocemos que a nuestro alrededor suceden cosas que dan asco y nosotros no hacemos gran cosa aparte de mirar hacia otro lado -especialmente si en ese otro lado hay un televisor en el que se repite compulsivamente un penalti inexistente o se justifica sesudamente la suplencia de un jugador mítico- entonces habrá que determinar que efectivamente ser español da asco.

Admitámoslo, lo intentamos, intentamos durante algún tiempo convertirnos en un país serio en el que con mayor o menor pericia nos habíamos procurado derechos y servicios públicos que nos convertían en ciudadanos. La sanidad pública era eficaz, barata y universal. Habíamos incluido el aborto, el divorcio, el matrimonio gay y la asistencia a dependientes entre nuestros derechos. Habíamos pasado de una tasa de analfabetismo inasumible a una tasa de universitarios envidiable.

Admitamos que *nunca* hemos valorado, ni defendido esos derechos y esos servicios públicos. *Nunca*. Si los hubieramos valorado hubieramos considerado imprescindibles los impuestos que los sustentaban, y por tanto habríamos defendido la optimización y mantenimiento de ese sistema de impuestos aceptablemente injusto e imperfecto. Hemos considerado "listos" a los defraudadores y no nos ha alarmado la impunidad de los delitos fiscales. Hemos abrazado apasionadamente las opciones electorales que prometían bajadas de impuestos. Hemos aplaudido a políticos que aseguraban, sin sonrojarse, que "bajar impuestos es de izquierdas".

Nunca hemos valorado la labor de profesores. *Siempre* hemos tendido a destacar los fallos de la sanidad pública por encima de sus innumerables virtudes.

Por todo eso es absolutamente normal que ahora asistamos pasivamente y como si no fuera con nosotros, al desmantelamiento de los servicios y los derechos públicos. Porqu*nunca* los hemos valorado.

La próxima semana hay una oportunidad para demostrar lo contrario defendiendo la educación pública en las numerosas movilizaciones que se han convocado y que culminarán el jueves con una huelga de todo el sector. Utilizando como coartada la crisis económica, se ha despedido a 100.000 profesores, ha vuelto la masificación a las aulas, se han recortado las becas, se ha aumentado el coste de las matrículas universitarias, a los profesores se les ha aumentado la jornada laboral a cambio de bajarles el sueldo y quitarles pagas extras, se ha aprobado una "nueva" ley educativa, en contra de todos, que nos devuelve a los años 50... Si consideramos todo esto deberíamos pensar que profesores, alumnos y padres secundarán estas movilizaciones masivamente para deslegitimar estas políticas contra la educación pública. Sería lógico pensar eso, pero la experiencia de movilizaciones anteriores hace pensar que se volverá a dar la espalda (principalmente por parte de los profesores) a esas movilizaciones. El gobierno sabrá interpretar esto como un motivo más para continuar con sus recortes. Los profesores se comportarán como un inocente condenado a muerte que cuando ve acercarse al verdugo, en vez de gritar que es inocente, le mira fijamente y le dice "Proceda".

Algunos, los que todavía mantienen esa afición tan peligrosa de escuchar, incluso de creer a los políticos, se acogerán a que nuestros gobernantes nos dicen que todo irá mejor porque hemos tocado fondo. Pero si traducimos sus palabras, siempre tan difíciles de interpretar, entenderemos que tocar fondo significa consolidar los “logros” obtenidos en el desmantelamiento del estado del bienestar. Convertir en norma lo que debería ser excepcional. Como dicen los deportistas cuando alcanzan el primer puesto: “lo difícil no es llegar, lo difícil es mantenerse”. Si ahora no mostramos nuestra disconformidad, les estaremos facilitando el mantenimiento de los recortes para perpetuar las desigualdades sociales y la pérdida de derechos.

Hemos aprendido a digerir sin arcadas los 6.000.000 de parados, los 3.000.000 de familias abocadas a la humillación de las colas de racionamiento, la impunidad de los delincuentes económicos... No nos hierva la sangre ni siquiera cuando se aparta con urgencia de la judicatura al único juez capaz de meter, por unas horas, en la cárcel a Miguel Blesa (uno de los principales culpables de la crisis). Tampoco cuando se destituye fulminantemente a los jefes de la policía judicial (cuatro en dos años) cada vez que se atreven a investigar casos de corrupción como los casos Gürtel, Palau o Bárcenas. Hemos sido capaces, en fin, de digerir incluso el fin de la justicia.

Si no empezamos a reaccionar, no quedará más remedio que darle la razón a Albert Plà porque estaremos comenzando a dar asco.